

» de las tumbas. — Baco, el alegre hijo del Señor de los Rayos, nos ha
 » dado el vino para que en él ahogemos nuestras penas. Llénense las
 » copas, amigos, y bebámoslas henchidas, que bien vale el Dios del día,
 » lo que la Diosa de las noches. — Refrigeremos el alma con el néctar de
 » Lesbos : el álito ardiente de Cáncer, agosta nuestros campos; no es aire
 » lo que respiramos, sino fuego; las yerbas gimen, las ramas de los ar-
 » bustos se desgajan.... — Ahora, amigos, es la ocasion de beber sin tasa.
 » — ¡Bebamos, pues, bebamos! — ¡Vino, y mas vino! — No plantemos
 » mas que viñas en montes y llanos : así seremos gratos á los dioses, por-
 » que la vid es planta divina! »

Ir mas lejos con las citas seria salir de los límites que nos están prescri-
 tos, y apartarnos además demasiado de nuestro principal objeto que es
 Safo. — Concluiremos pues con decir que no se sabe cómo ni cuando mu-
 rió Alceo, y que los pasages traducidos, al acaso á la verdad, proceden de
 las composiciones del mismo, conservadas por Ateneo y Suidas, y recogidas
 por Enrique Estienne, para el apéndice á su Pindaro. Con esto, hable-
 mos ya de Safo, de la muger en cuya honra acuñó Lesbos moneda como
 si fuera Reina, y de quien, como de Homero, siete ciudades se disputan
 la gloria de haberla visto nacer en sus muros.

No menos varia la tradicion histórica que en punto al lugar de su na-
 cimiento dále nada menos que ocho nombres distintos á su padre, á saber:
 Simon, Eunomio, Euryguis, Ecrato, Semo, Camon, Etarco, y Escandróni-
 mo. En cambio sabemos que su madre se llamaba Cleis, y que así ella
 como su esposo, dedicábanse al comercio, segun costumbre general en la
 isla.

Safo misma contrajo matrimonio con un rico mercader de la isla de
 Andros, llamado Cercala, que murió jóven dejando en pos de sí una hija
 al cuidado de su viuda.

La *bella Safo*, llama Sócrates á la gran poetisa; y sin embargo, la tra-
 dicion, y aun las probabilidades nos dicen que nunca fué hermosa ni pudo
 serlo. Quizá, siendo pequeña y morena como Cleopatra, tambien como
 ella supo suplir la belleza con el hechizo de otras gracias; mas ni eso pa-
 rece probable cuando en sus propios versos la vemos lamentarse de haber
 sido mas de una vez desdeñada.

Una vez viuda entregóse, exclusivamente diríamos si no fuera por lo que
 la verdad va á obligarnos á decir; mas entregóse en todo caso principal-
 mente á la poesia, fundando para enseñarla, con algo mas menos honesto
 dice la tradicion, una escuela para mugeres jóvenes, de los nombres de
 las cuales nos ha hecho la historia sabedores.

« Safo amaba (dice Longepierre) de todas las maneras que puede
 » amarse; » y el hecho es que tenemos á la vista cierta oda por ella es-
 crita á una muger, en comparacion de la cual el famoso *Pastor Corydon*
 de Virgilio, es simplemente una composicion de hielo. — Para que el lec-
 tor forme juicio en lo posible, procuraremos traduciendo la oda arriba
 indicada, ajustarnos al original en todo lo posible.

« Quien á tu lado suspira, oyendo los melodiosos acentos de tu voz;
 » quien te merece — ¡oh rabia! — una sonrisa, ese — yo lo digo, — ese
 » se iguala con los dioses. — Así que te diviso, la voz se ahoga en mi gar-
 » ganta, secánse mis fáuces, la lengua procura moverse en vano; la fiebre
 » abrasadora desata en mis sienes las arterias; mis sentidos arden y se
 » paralizan á un tiempo. — Mas pálida que la flor delicada, por los rayos
 » abrasadores de la canícula durante un dia entero atormentada, tiemblo,
 » pierdo el color, no puedo alentar, y me siento espirar, sin morirme,
 » á impulso del amoroso deseo. »

Sus discipulas predilectas, sus adeptas favoritas, llamábanse Athis,
 Andrómeda, Telésipa, Megara, Eridna, Cydna, Anactone, Anagara, Gon-
 gyla, Eunica, y Damáfila. Eso se sabe positivamente, como se conocen
 tambien algunas de las poesias de Safo; pero lo demás de su vida, incluso
 su nombre (*Sappho*) que se ha escrito mal hasta que se descubrió la me-
 dallas de Eresos, todo lo demás es tradicional y dudoso.

Hubo en Eresos otra Safo, no lo negamos; pero como no pasaba de ser
 una simple cortesana, no parece probable que á su nombre se acuñase
 moneda. Sin entrar, pues, en discusiones históricas que solo conducen á
 oscurecer mas el asunto, seguiremos la leyenda sáfica, comunmente
 admitida.

Segun ella, Venus para vengarse de los admirables versos que la poetisa
 hacia, trocando el sexo en la dedicatoria, inspiróles al mismo tiempo á ella
 un irresistible amor á Faon, y á este un antipatia hácia Safo que rayaba

en los límites del odio. Conviene saber ahora no solamente que Faon era el hombre mas bello de Lesbos, sino que además debía á la generosidad de Venus misma el don singular de inspirar amor á todas las mugeres.

Veamos cómo la fábula nos refiere poéticamente el supuesto origen de aquel don maravilloso. Siendo Faon capitán de una galera, y navegando con ella á la inmediación del promontorio de Mallera, una pobre vieja, le hizo señas desde la playa para que se acercase y de limosna la trasportara en su bajel al cabo Maleo. Complaciola en todo el galante benévolo capitán, y al desembarcar á la vieja en el punto designado, no solamente la vió con asombro desnudar sus andrajos, y revelársele en todo el esplendor característico de la diosa de la hermosura, sino que en recompensa de su caridad recibió de manos de la diva un vaso de alabastro lleno de cierto maravilloso bálsamo que daba belleza y amor inspiraba.

Faon derramando sobre sí propio aquel singular talisman hizose como ya dijimos el mas bello, y el mas simpático á las mugeres todas, de los bellos y simpáticos mancebos de Lesbos.

Que una Safo estuvo enamorada de Faon, es indudable; lo que se pone en cuestion á veces es si fué la Safo de Mytilene, ó la de Eresos: la poetisa ó la cortesana.

Como quiera que sea los siguientes versos á Safo atribuidos no dejan duda de los desdenes de Faon.

« Hija de Júpiter, Venus inmortal, que gobiernas sobre un áureo trono el
 » universo: no entregues mi alma al dolor, oh Venus, perla divina, que
 » del seno de los mares brotaste. — En vez de serme enemiga, oh diosa,
 » acude como otras veces, acude desde el cielo á mis súplicas, dejando el
 » azulado cristalino palacio de tu padre; acude sí, tú que conoces todas las
 » artes del Amor, tu hijo — Véate yo, como te he visto, venir á mi voz
 » hendiendo el espacio con la rapidez del relámpago, en tu carro tirado por
 » tiernas palomas de veloces candidas alas. — ¡Ah! Tan luego como
 » pusiste en la playa tu divina planta, la encantadora sonrisa de tus pur-
 » purinos labios secó mi llanto, tal como suele con matutino risueño rayo
 » evaporar el sol la gota de rocío en el cáliz de las flores. — « ¿ Para qué me
 » llamas? preguntaste con suave acento. ¿ En qué nuevos deseos se extra-
 » via tu ardor? ¿ Qué mortal rehusa la mano que le tiendes? ¿ Qué corazón

» se niega á responder al tuyo? — ¡ Ay de aquel que tal injuria te hace,
 » oh Safo, porque los dones que hoy rechaza, él los solicitará mañana, y
 » entonces seras tú, yo te lo juro, quien se negará á otorgarlos! » — ¡ Oh!
 » Ven pues, Venus mia, diosa protectora, ven: yo recurro de nuevo á tu
 » poder divino. Ven, que te invoco en mi angustia desesperada; ven, de
 » rodillas te lo ruego; ven á mi socorro, diosa de la hermosura. »

Para distraerse, tal vez, de sus amorosas desdichas, lanzóse nuestra poetisa á las tempestades políticas tomando parte en la conspiración de Alceo contra Pitaco; y siendo con aquel tan excelente vate cuanto mal soldado, desterrada de Lesbos por el indulgente Tirano. Safo y Alceo buscaron entonces un asilo en la Sicilia.

¿ Llama Horacio, *mascula* (la masculina) á la célebre Lesbiense por la parte que en la conspiración de Alceo tuvo, por su talento en realidad *viril*, ó por sus inclinaciones extraviadas? — No lo sabemos, ni nos parece fácil decirlo: pero no es solo ese punto el dudoso en la historia de nuestra Safo.

¿ Fué ella en efecto la desdeñada por Faon, ó la cortesana de Eresos? — ¿ A quién copió el escultor Selamon en la célebre estatua robada por Verres al Pritaneo de Siracusa; á la de Mytilene, ó á su bella homónima?

Desdichadamente la estatua, que hasta cierto punto pudiera sacarnos de dudas, ha sido perdido: pero nuestra opinion — opinion acaso mas poética que razonada — es que la encantadora tradicion que nos presenta á la Safo de Mytilene castigada de sus extravíos por los desdenes de Faon, no puede en manera alguna acomodarse á la Safo de Eresos. — La última no hizo en su vida versos ni á Venus, ni á las doncellas, ni á los mancebos tampoco. Sacerdotisa del Amor y á su culto constantemente consagrada, nunca de él se apartó para extraviarse en las oscuras sendas del otro amor, vacío, insensato, delirantemente ideal de que acusan hace dos mil y quinientos años á la Safo de Mytilene, no solamente los versos que hemos traducido, sino otros muchos á mayor abundamiento.

Fragmentos son y no mas los versos á que de aludir acabamos: pero fragmentos llenos de gracia, y harto significativos además para que omitamos su traducción en prosa.

- « Los desdenes de la tierna y delicada Gyrina, han decidido en fin mi
 » corazon por la bella Mnais...
 » El amor agita mi alma como el viento las hojas de la encina en las
 » montañas...
 » Volaré á la cima de los montes, y de allí arrojaréme en tus brazos,
 » ¡oh tú, por quien suspiro!
 » Tú me inflammas... tú me olvidas enteramente, ó amas á algun otro
 » además que á mi...
 » Nunca me parece tan bella y encantadora, una hermosa jóven, como
 » cuando la miro cogiendo flores.
 » Voy ahora á cantar melodiosos tonos que harán las delicias de mis
 » amadas...
 » En sueños he dormido deliciosamente en los brazos de la encanta-
 » dora Cytrea. »

Agrégnense á esas pruebas, para nosotros poco menos que irrecusables, el testimonio de dos grandes poetas, Horacio y Virgilio, que hablaron de Safo ambos á dos mil años menos de distancia que nosotros.

El primero en su *Heróida* le hace decir á Faon :

« Comparadas contigo, ni Anactone, ni Cydna la del blanco cuello, ni Athis la de las seductoras miradas, tienen precio algunos á mis ojos. »

Y nótese además, porque nos parece concluyente, lo inverosímil de que, si en vez de ser la que amara la Safo diminuta y morena, fuera la cortesana de Lesbos, célebre por su belleza en la isla y toda Grecia, se obstinase Faon en matar á desdenes á tan hechicera criatura.

En todo caso, ¿á quien sino á la poetisa fantástica y extravagante, á la muger hombre, podia ocurrírsele acometer la terrible aventura del salto de Léucade, antes que ella solamente intentada por Venus para olvidar á Adonis?

Y, no lo olvidemos : Venus era inmortal, Venus arrojándose al mar volvía al elemento de donde saliera; mientras que Safo estaba expuesta al eterno sueño, y temíalo tanto, como puede inferirse de estas sus palabras que, de paso sea dicho, encierran un profundo pensamiento.

« La muerte es el mayor de los males, y así lo han creído los dioses;
 » pues si tal no fuera no se hicieran inmortales como lo son. »

El promontorio de Léucade, situado en la costa occidental de Grecia, y que un estrecho separa del continente, yace vecino á Itaca, frente á Cefalonia; y su abrupta vertical altura es tal que pocas veces contemplan los navegantes su cima sin verla de nubes coronada.

¡Magnífico pedestal para Safo! — ¡Magnífico pedestal que ninguna otra muger era capaz de disputarle!

Una tarde, en fin, sobre la cumbre del rico Aceraunio, vióse aparecer á la ya dudosa luz del sol que al Occidente se ocultaba, una muger de blanco vestida, con la túnica hasta la rodilla levantada, y el áurea lira en las manos. Era Safo, que hasta en la muerte buscaba la elegancia, como quien habia dicho :

« ¿Cómo puede esa muger, grosera y sin arte, agradar á tu espíritu y
 » cautivar tu corazon, cuando no sabe siquiera dejar que con gracia on-
 » dulen los pliegues de su túnica? »

Vedla : ya se acerca al borde del hondo precipicio, y con la vista mi-diéndole, tiembla y palidece ; mas no mueve para atrás la planta, antes, afirmándola, alza los ojos al cielo, suspira mas bien que entona su himno á la muerte, canto dulcísimo del cisne moribundo, supremo adios del poeta á la vida.

Antes que el eco de su postrer acento se extinguiera, antes que las últimas vibraciones de su lira cesaran de agitar el aire ; Safo, descendiendo suavemente mas que precipitándose del promontorio, caía abrazada con el músico instrumento, su fiel compañero, en el profundo seno de la Mar Egea.

En vano buscaron diligentes su cadáver, los pescadores que al pié del promontorio estaban de ordinario para salvar á los que el terrible salto tentaban : el hondo piélago guardó para siempre el cuerpo de Safo.

Dicese de ella que habia encontrado la lira de Orfeo; la suya, ni el mismo Virgilio acertó á encontrarla.

ALEJANDRO DUMAS.